

POEMAS

PATRIZIA CAVALLI

TRADUCCIÓN DE FABIO MORÁBITO



En estos poemas de Patrizia Cavalli (Todi, 1947) encontramos la gracia de otros poetas italianos "camminadores", como Umberto Saba y Sandro Penna, cuya relación con la vida parece resolverse en un contacto sesgado e intermitente, fruto de una disponibilidad para convertir cualquier mínimo accidente y situación cotidiana en materia de poesía (y en este sentido Montale pudo hablar de la poesía de Saba como una poesía de circunstancia, dicho "en el sentido más elevado del término"). Saba, Penna, Caproni y el propio Pasolini son, junto con Patrizia Cavalli, que me parece la heredera más genuina de esta línea lírica en el actual panorama de la poesía italiana, poetas inimaginables sin la presencia de la calle, de la plaza, del mercado, del paseo ocioso y del encuentro inesperado en medio del tráfico urbano. Y también en ella, como en aquellos, la acentuada música del verso, que acerca muchos de sus poemas al ritmo de la canción, representa la marca distintiva de una actitud vital que, siempre tentada de abandonarse, de mimetizarse y confundirse, como si la propia individualidad fuera un peso demasiado gravoso para sobrellevar, encuentra en la música un motivo de consuelo y de "última sabiduría" que otorga a la aparente trivialidad de ciertas experiencias y reflexiones una gracia poética incomparable FM.

**Esa nube blanca que en su diferencia
boga por el azul perpetuamente igual,
deshilachándose en la transparencia,
me alivia un poco de la nada universal.
Y cuando al caminar por la ciudad
advierto en cada paso una partida,
quisiera junto a mí hermoso rostro natural.**

**Recién despierta empiezo a descansar
de la inmensa fatiga del sueño
que me estrechó dejándome extenuada,
así que debo liberarme, soltar
los músculos, llenar los agujeros,
desentumirme, hacerme algún masaje;
y cuando acaba el día estoy tan acabada
y tan desecha
que vuelvo a hundirme en el sueño.
Y acosada por estos dos grandes cansancios,
si a veces para distraerme salgo
a pasear es para darme cuenta
que cada día me vuelvo más chaparra.**

**Sigue como antes la vida
con gente de pie, sentada,
y que camina.
Miren cómo se deja cautivar
por el bastón que se mueve, por el minúsculo
aleteo de una mosca, por el ruido
de cada puerta que se abre.
Y cuando se acomoda en mis rodillas,
parecería que es para siempre,
sus uñas casi penetrándome
la carne. Pero si un pájaro atraviesa
la ventana, adiós caricias
y adiós besos,
ella se eclipsa.
Para después, quizá, volver.**

Te odio porque ya no te amo,
 porque no puedo perdonarte
 ya no podré volver a amarte.

¿Es cierto que para salir de la cárcel
 hay que conocer la madera de la puerta,
 la aleación de los barrotes, establecer
 la gradación exacta del color?
 Se corre el riesgo, volviéndose un experto,
 de encariñarse.
 Si de verdad quieres salir de la cárcel,
 hazlo en seguida,
 incluso con la voz, conviértete en canción.

¿Oh gris destino de los viajes
 de los milaneses
 hacia países de ultramar
 o en medio de los mares! Ahora lo veo,
 me doy cuenta, la gente cuando viaja
 no me gusta. Prefiero
 cuando no se mueven
 y al repetirse alcanzan cierta dignidad,
 como un casa fea que está siempre ahí
 idéntica a sí misma y poco a poco
 se vuelve un punto estable para la mirada
 y en la ternura de los años
 se gana un sitio de necesidad.

La ola que se retira y se aleja
 de la orilla
 en donde al levantarse y derrumbarse
 ha hecho su salida
 sin saber nada de las otras
 que procediéndola y siguiéndola
 eran de hecho su avanzar y su quedarse,
 perdió la superficie y al entrar
 de nuevo en la profundidad del agua,
 se ha confundido con su propio cuerpo
 en donde ya prepara
 durante los milenios por venir
 su próxima idéntica salida
 su próximo idéntico derrumbe.

Ciertos días, cuando el cielo está más bajo
 y salgo a lo mejor de compras
 al mercado, encuentro el círculo caliente
 de la plaza, donde la luz no vuela
 sino devota se agazapa en los objetos,
 mostrando el íntimo color que tienen.
 Círculo amoroso que amalgama el tiempo
 y la distancia, una maleza densa
 tan parecida a la pasta de mi corazón
 que ya no necesito entrar, ya estoy adentro.

Era en la luz terriblemente sábado,
 ese sol infimo que anuncia dejadez,
 y abajo, hasta meterse en mis ventanas
 bien cerradas, se movía
 el mercado prolongado.
 La última oferta y ya se cierra. Luego la
 [fiesta
 untuosa y el silencio. Los puestos ya se
 [desarmaban
 con el feliz descuido del final. Tal vez era
 [posible
 una carrera para alcanzar algo, quizá
 quedaba aún alguna caja afuera.
 Pero no me lanzaba a esa carrera.
 Cuando bajé, ya era demasiado tarde
 entre los cúmulos de hojas de alcachofas
 y los tomates aplastados
 donde una mujer vieja y agachada
 corría rapaz en busca de unos restos de
 [manzanas
 y de unos chiles buenos
 en sus tres cuartas partes.
 Pero yo no buscaba
 fruta podrida o fresca,
 sólo buscaba la certeza
 de la semana que se acaba,
 de la ocasión perdida. ♪